

Muy estimados jóvenes.

Con gran alegría abrimos las puertas de esta casa de estudios a una nueva generación que se integra a la gran comunidad UPAEP.

Esta ceremonia solemne de Primera Cátedra, es un momento singular para la vida universitaria, dado que nos congregamos todos los que conformamos esta casa de estudios: estudiantes, profesores, colaboradores y autoridades. Lo hacemos al inicio de un nuevo ciclo escolar, y toma un cariz especial porque al incorporar a una generación más, renovamos el compromiso que nos vincula como UPAEP.

Por más de cuarenta años, nuestra universidad ha desarrollado una propuesta educativa robusta, conformada como expone nuestro Ideario, por una *“comunidad organizada y jerárquica de profesores y estudiantes”* (Ideario UPAEP, n 47) que tiene como Misión *“Crear corrientes de pensamiento y formar líderes que transformen a la sociedad, en la búsqueda de la Verdad, integrando fe, ciencia y vida”* (Misión UPAEP, Rumbo al 50 Aniversario). Este propósito nos define, nos convoca y nos compromete con la sociedad; pero en particular con ustedes jóvenes, a quienes nos debemos.

Es momento propicio también para compartirles la Visión Rumbo al 50 Aniversario de la UPAEP, que surge como fruto de las reflexiones respecto del desarrollo de la universidad y de los retos que emergen del análisis del

contexto social que nos atañe como institución que quiere verse imbricada en la sociedad.

Este es el faro que define nuestra ruta. Para el año 2023, nos vemos como una “... comunidad universitaria fraterna, congruente, alegre y comprometida, que:

- Es referente en la conjunción del pensamiento humanista cristiano y las ciencias.
- Forma integralmente líderes con alta calidad profesional y compromiso social.
- Contribuye a la transformación de la sociedad con propuestas pertinentes, orientadas a la consecución del *bien común*.
- Tiene presencia e influencia en los ámbitos local, regional, nacional e internacional.
- Centra la gestión en la persona y optimiza los recursos al servicio de la misión institucional.

El segundo eje se refiere a la formación, a la educación integral del hombre, y es sobre lo que quisiera compartir algunas reflexiones en esta ocasión

Hoy hablar de educación resulta un lugar común. Cuando se discute cuál podrá ser la vía de solución a tan ingentes necesidades y retos para nuestro país, y en general para la humanidad, todos apuntan a la educación. Nadie puede estar en desacuerdo con esta tesis, pero corre el peligro de caer en una idea vaga y banal si no se aborda con seriedad qué se entiende por educación.

Detenernos en este vital concepto, llama a la reflexión de toda la comunidad universitaria, pero muy especialmente de los estudiantes, puesto que como veremos más adelante, el actor primario y fundamental en esta tarea es cada uno de ustedes, por lo que los invito a internalizar en primera persona los conceptos que enseguida comentaremos.

Ya apuntaba hace un momento que hablar de educación es un punto por demás recurrido. Por lo mismo se ha desarrollado una gran variedad de propuestas educativas -especialmente en los tiempos recientes- apuradas por la dinámica de la modernidad, las nuevas tecnologías, y las *ideologías*. Concepción Naval y Francisco Altarejos exponen en su obra *Filosofía de la Educación*, que:

“dicho desarrollo ha estado guiado por la dominante racionalidad tecnológica o instrumental, que deja sin contestar las cuestiones esenciales que se dirimen en la educación, y que podrían resumirse en una pregunta intemporal que, por primera vez en Occidente, le formula Sócrates a Alcibíades: <¿qué es el hombre?> Además, el ejercicio y desarrollo de la educación transforma esa pregunta, ahondando en ella: <¿quién es el hombre?>”. (Naval, Altarejos, Filosofía de la Educación, p. 14).

Una propuesta educativa seria, que busque una verdadera formación integral y que por tanto contemple una verdadera formación para la vida, está obligada a partir de esta cuestión. No hacerlo acusaría o un engaño manifiesto, o una vil charlatanería pseudo-educativa. Es preciso definir una antropología concreta, una filosofía del hombre.

¿Quién es el hombre? Apenas el año pasado, el Cardenal Gianfranco Ravasi, Doctorado Honoris Causa de nuestra universidad, y Presidente del Consejo

Pontificio para la Cultura, presentaba en este recinto su tesis intitulada *“Repensar la Universidad desde la perspectiva del diálogo Fe y Cultura”*. Justamente nos ofreció una fresca perspectiva que ahora refiero para responder a la cuestión socrática: Ravasi propone visualizar al hombre en dos dimensiones antropológicas a partir de la relatoría bíblica del Génesis: una dimensión vertical y otra horizontal.

La dimensión vertical se fundamenta en el aliento de vida “insuflado” por Dios y compartido sólo con el hombre, relacionando así a la persona con el Bien Supremo y al mismo tiempo a las cosas de la tierra, a la naturaleza. El hombre está en continua tensión entre las cosas que están a su alcance y dominio, y lo que le trasciende y supera. Este aliento de vida nos hace ser conscientes de nuestra existencia y de nuestra valía.

La dimensión horizontal sitúa la grandeza de la naturaleza humana en la relación entre hombre y mujer, hechos a imagen y semejanza de Dios. De aquí que la persona es en esencia un ser relacional social con una altísima dignidad, superior desde luego a cualquier otra creatura. Más aún, el hombre se descubre a sí mismo y se desarrolla en la intersubjetividad, de aquí su naturaleza eminentemente social.

Desde este referente antropológico, adentrémonos en el proceso formativo del hombre.

Al observar el desarrollo de la persona, vemos que a diferencia de la existencia animal, donde su crecimiento está predeterminado, en el hombre no sucede tal cosa. Por el contrario, es el único ser que puede auto-determinarse. El hombre nace prácticamente en una total indigencia, desprovisto de todo, pero con una

potencialidad que supera a la de cualquier creatura. Su crecimiento recae en el desarrollo de sus potencias desde su racionalidad a través de la educación. Cabe subrayar que este desarrollo educativo abarca al hombre en su integralidad, pues como apunta Jacques Maritain, “la inteligencia del hombre no está solamente en la cabeza, sino también en sus dedos” (Pour une philosophie de l’éducation, Fayard, Paris, 1969, 59).

¿A qué nos referimos con tales potencias a las que hacemos alusión? El ser humano se adueña de sí mismo mediante sus actos. El ejercicio continuo y constante de las acciones conforman las potencias y acrecientan su poder.

Pero aquí no se trata de simples rutinas, sino de hábitos que una vez adquiridos abren la posibilidad de afrontar nuevos quehaceres. Mediante estos hábitos se realiza la auto-posesión del ser humano, que es condición de posibilidad de la felicidad. Un hábito “*es una adquisición en el pasado y, al tiempo, un recurso para el futuro*” (Nav y Alt p 33).

Hablemos del desarrollo de los hábitos. Al exponer hace unos momentos la doble dimensión que comprende la naturaleza humana, decíamos que la racionalidad del hombre sólo se puede desarrollar en relación con otros, nunca -y esto se ha probado científicamente-, nunca en soledad. Aquí abordamos algo que podríamos considerar como la piedra de toque: la educación es relacional y por lo tanto para educar es preciso contar con la respuesta activa de quien se educa. Así, “*la actividad del educador tiene carácter de ayuda para activar los dinamismos del educando, pero el genuino agente de la educación es el mismo educando y no el educador*”. (Nav + Alt p 25) Los hábitos son inmanentes en el educando, ayudado por la inspiración creativa del educador.

Habiendo estudiado los postulados de Tomás de Aquino y más actualmente de Richard Peters, Naval y Altarejos llegan a la siguiente propuesta de definición de la tarea educativa: “la acción recíproca de ayuda al perfeccionamiento humano, ordenado intencionalmente a la razón, y dirigido desde ella, en cuanto que promueve la formación de hábitos éticamente buenos”.

Esta acción recíproca comprende dos actuaciones fundamentales: enseñar y aprender. Una enseñanza, para ser tal, va más allá de una capacitación o instrucción. Se trata de la conjugación del saber que se vierte en una retórica (es decir persuasión) y un testimonio por parte del educador que se concretiza en la lección, misma que habrá de suscitar en el estudiante una respuesta producto del efecto de crecimiento en su potencia cognoscitiva. En concreto, un proceso educativo, para ser tal, precisa de una respuesta razonada del estudiante, que podrá ser de aceptación o rechazo, pero nunca de indiferencia.

Ahora bien, el perfeccionamiento humano puede sonar a un término demasiado sofisticado, de repente un tanto árido. Se habla de perfeccionamiento y no de perfección, puesto que el hombre es un ser inacabado, con un potencial de crecimiento ilimitado. Entiéndase crecimiento en lo que es más propio del hombre, que es su racionalidad. Pues bien, la meta del perfeccionamiento la traducimos como el caminar afanoso del hombre por *plenificarse*, que no es otra cosa que la felicidad en sí.

Es una verdad objetiva que nadie, en su sano juicio, podría afirmar que no quiere ser feliz. Ya lo apuntaba Tomás de Aquino: “la felicidad es el mayor de todos los bienes humanos, porque todos los demás se ordenan a ella como a su fin” (Tomás de Aquino, In I Ethicorum, 14).

La felicidad es el fin-final, al que se subordinan, o mejor dicho, que trasluce en cualquier fin-parcial de la vida del hombre. Por ende, “*querer ser feliz no es asunto de libre elección*”, pues la felicidad es algo que “*la voluntad no puede no querer*” (Tomás de Aquino, Summa Theologica, I. q. 18, a. 10).

Hasta este punto me parece que todos estaríamos de acuerdo. Empezamos sin embargo con diferencias cuando tratamos de definir en qué consiste la felicidad, qué significa ser feliz. Ya Aristóteles en su obra *Política* se ocupa de revisar, y termina por rechazar tres aparentes rutas de la felicidad: el dinero, el poder y la fama. ¿Por qué se descartan? El Filósofo nos presenta dos argumentos: Primero, tenemos que los tres posibles fines son insaciables; siempre se podrá aspirar a más, de manera que el que pretende ser feliz persiguiendo cualquiera de éstos, queda destinado a una perenne frustración y vacío. Segundo, tanto el dinero, como el poder y la fama, resultan ser mediales, no fines: el dinero puede ser medio para conseguir poder o fama, lo mismo que el poder puede servir para hacerse de más dinero, por lo que ninguno de éstos es un fin en sí mismo.

¿Qué es ser feliz? Si se me permite el término, he aquí una novedad ancestral: ser feliz, ya lo sugería Sócrates, consiste en el ejercicio de las virtudes, ser virtuoso, obrar feliz. Esta felicidad es en sí misma y no depende de factores externos: ni del dinero, ni del poder, ni de la fama. Esta es *La Felicidad*, que nadie la puede arrebatarse, aún en las situaciones más extremas y adversas que pudiéramos imaginar.

Hay que hacer notar que la virtud, surgida del hábito bueno, lleva implícito el actuar. Ésta tiene como consecuencia un estado de ánimo que, como decimos comúnmente, nos hace sentirnos felices. El obrar feliz antecede al sentirse feliz

y no al revés. No hay felicidad genuina que se dé espontáneamente, que surja de la nada. Aristóteles refina el concepto de obrar feliz cuando establece que *“lo que es propio de cada uno por naturaleza es también lo más excelente y agradable para cada uno; para el ser humano lo será, por tanto, la vida conforme a la mente, ya que eso es primariamente el hombre. Esta vida será también, por consiguiente, la más feliz”* (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1098 a). En contraparte, lo que nos hace infelices es lo impropio, lo que no somos o lo que no tenemos.

Pues bien, si desglosamos esta definición aristotélica, habremos de remitirnos a lo que al principio comentábamos sobre la naturaleza del hombre. Si ser feliz es vivir virtuosamente de acuerdo a nuestra naturaleza, la felicidad la encontramos en obrar conforme a las dimensiones vertical y horizontal que explicaba Ravasi: la dignidad y la sociabilidad de cada ser humano; las dos conjugadas, pues tal es nuestra naturaleza.

Lo que es más, la máxima virtud conforme a nuestra naturaleza se ha hecho verbo: amar, el obrar feliz por excelencia. San Juan Pablo II nos dice que: *“La felicidad es el arraigarse en el amor. La felicidad originaria nos habla del <principio del hombre>, que surgió del amor”* (Juan Pablo II, *Audiencia General*, 30-I-1980). No hay duda, las distorsiones, corrupciones e insaciabiles ambiciones, tienen su explicación en una humanidad desnaturalizada.

El desprecio por los indefensos, por los pobres; más aún, por los niños y los ancianos que hoy se registra en nuestra sociedad, la cultura del descarte de la que habla el Papa Francisco, acusa una grave incapacidad del hombre por reencontrarse con este principio, pues se deja llevar por falsas propuestas de felicidad inmediata que al final derivan en un vacío existencial atroz.

Por el contrario, la experiencia práctica del hombre demuestra que sólo cuando por una parte se asume a cabalidad la dignidad de la persona, y por otra en función de tal dignidad se acude al encuentro del prójimo, se podrá ser feliz. Monseñor Chistophe Pierre, Nuncio Apostólico en México y también Doctor Honoris Causa de UPAEP en este año, establece al respecto que *“El punto de referencia a la luz del cual hay que juzgarlo todo es el amor a la verdad y proponer valientemente la primacía del amor y de la bondad. Si los criterios de juicio no están así de claros, la educación se desploma”* (C. Pierre, *Cuando la Fe se hace Cultura*, 2014, VI).

Surge ahora la pregunta lógica: ¿por qué el hombre no sigue este camino de virtud que le hace ser feliz? La respuesta la encontramos de nuevo en su naturaleza: el hombre es un ser libre, y un buen uso de la libertad lo conduce hacia su determinación para conseguir su fin último. Decíamos que el hombre, por encima de cualquier condicionamiento externo, es el único capaz de auto-determinarse. El problema del hombre contemporáneo es que carece del temple, la audacia, y la capacidad de comprometerse con su propia persona.

Naval y Altarejos exponen que

“el que no es libre sigue instalado en la indeterminación inicial, que le lleva a elecciones inconexas y fluctuantes: una vez se decide por algo; por otra cosa diversa u opuesta la siguiente; o simplemente suspende su decisión para mantener la indeterminación, escapando así a toda responsabilidad, aunque renunciando también a su plenitud personal (...). Tal es el riesgo esencial de la libertad: no ejercerla; no vivir libremente. Pero sólo una persona puede despersonalizar su obrar, como un ser libre puede, desde su libertad, vivir como un esclavo (Na y Alt, *Filosofía de la Educación*, p. 138 y 179).

Hay que entender la aparente paradoja de la libertad que hoy en día campea en ideologías relativistas y reduccionistas. Al elegir bien, es decir, al hacer uso de su libertad para optar por un bien y por tanto descartar otras posibilidades, el hombre avanza en pos de su autodeterminación. Hay en efecto una renuncia y sin embargo ello no implica limitación; más bien implica una habilitación, un nuevo estadio que le permite una mayor singularidad y originalidad propia (potencia) que da cuenta de su naturaleza. La elección será sin duda más sabia, como hemos visto anteriormente, en tanto más educado sea el hombre, es decir, en tanto más virtuoso y por ende con mayor sabiduría para elegir bien. De aquí se sigue que, tal elección cuando se concretiza redunda en un obrar virtuoso, es decir en el obrar feliz que *plenifica* al hombre.

“Por la libertad el ser humano es responsable y dueño de sus actos, y tiene en sus manos la realización de su destino” (Ideario UPAEP, n 61). El punto de partida para ustedes jóvenes es asumir el reto de conformar su propio proyecto de vida. Es el momento de creer en ustedes mismos y no temerle a pensar en grande. Sólo hay una cosa que atemoriza a un joven: no tener sentido de vida.

Quiero decirles que en esta etapa decisiva no están solos. Han escogido esta casa de estudios, la UPAEP, como su Alma Máter; y han escogido bien. Hoy se integran a una comunidad universitaria que ha tenido la audacia de reinventarse y darle vigencia cabal a su identidad. Dos dimensiones definen la naturaleza del hombre y dos dimensiones análogas son las que también definen la identidad UPAEP.

La dimensión vertical de la UPAEP consiste en asumir *“como parte vital de su esencia fomentar el auténtico diálogo entre fe y razón, entre fe y vida, entre fe y cultura, el cual ilumina a la inteligencia y a la conciencia humana y mucho*

aporta en la construcción de caminos de búsqueda de la verdad, el bien y la belleza” (Ideario n 12). Esta dimensión es la que tiene verificativo en nuestra segunda línea rectora de la Visión Rumbo al 50 Aniversario, que nos pide “privilegiar, a través de la academia, la formación humanista cristiana en busca de la excelencia científica y profesional” (Visión Rumbo al 50 Aniversario).

Por su parte, la dimensión horizontal se finca en la naturaleza social y solidaria donde la UPAEP promueve

“una verdadera educación universitaria, con un profundo sentido humanista católico y una alta preparación profesional, que se cristaliza en la formación de líderes sociales”; que contribuyen “a la solución propositiva de los problemas sociales y a la edificación del bien común”.

En nuestra Visión Rumbo al 50 Aniversario esta dimensión se proyecta con audacia y espíritu innovador al proponernos *“crear Sistemas Académicos de auténtica Pertinencia Social, a través de la docencia, investigación y extensión, para enriquecer la cultura y participar en la solución de los problemas fundamentales del país.” (Ideario nn 16-17)*

Es así como la UPAEP armoniza su Modelo de Formación, en una propuesta educativa coherente con una visión trascendente del hombre. Esto es lo que nos distingue, es lo que nos enorgullece y sobretodo esta visión es la que nos compromete con cada uno de ustedes. Esta mística es la que caracteriza al espíritu Águila de nuestra universidad, que se eleva altivo con las alas de la Fe y la Razón. Alas de Triunfo, porque no hay mayor satisfacción que la de servir para transformar.

Joven universitario: estás llamado a la felicidad con mayúsculas. Vive con intensidad esta etapa de tu vida y aprovecha al máximo todo lo que UPAEP tiene dispuesto para ti.

¡Asume el reto de ser protagonista de su propio destino!

¡Atrévete a escribir la mejor historia de lo que estás llamado a ser!

Dios los bendiga, Dios bendiga a la UPAEP.

Referencias:

- Naval, C. y Altarejos, F. (2000). Filosofía de la Educación. Barañáin, Navarra, España: EUNSA.
- UPAEP. (2013) Ideario. Puebla, Puebla, México: Editorial UPAEP.
- Maritain, J (1969). Pour une philosophie de l'éducation. París, Francia: Fayard.
- Aquino, T. (2010). Suma de Teología. Madrid, España: BAC maior
- Aquino, T. (). In I Ethicorum.
- Aristóteles. (1098). Ética a Nicómaco.
- C. Pierre, (2014). Cuando la Fe se hace Cultura. Localidad, País: Editorial.